

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto, una peseta 50 céntimos.

SUMARIO

I. La emulacion.—II. La caridad.—III. Las cigüeñas.—IV. Logogrifo.—V. Una Concepcion de Murillo.—VI. El primer hijo.—VII. Los cojos.—VIII. El héroe de Macedonia.—IX. A una madre en la muerte de su hijo.—X. A Jesús crucificado.—XI. Macalubas.—XII. ¡Siempre llorando!—XIII. Pensamientos.—XIV. Enciclopedia infantil.—XV. Teatros.—XVI. Bibliografía.—XVII. Problemas, charada, jeroglífico y soluciones.

OFICINAS

Fuencarral, 3, principal
MADRID

No se sirve suscripcion cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defuncion de niños á precios convencionales.

LA EMULACION

Hubo hace muchos siglos, un hombre grande, que por sí solo constituye uno de los más gloriosos periodos de la historia griega.

Llamábase Themístocles.

Existía en su tiempo otra figura colosal, de esas que descuellan entre las infinitas que presentan los anales de Atenas.

Milciades.

Este era un valeroso general, que con sus victorias y sábia administracion, habia elevado la pátria de los filósofos al mayor de los esplendores.

El pueblo le aclamaba su héroe y su salvador.

Los vitores de la multitud alejaban el sueño de los párpados de Themístocles.

Levantábase del lecho, y paseábase agitado, sin poder entregarse al descanso.

Preguntado en cierta ocasion por sus amigos por qué no podia dormir y se hallaba tan excitado, contestó:

—Las coronas de Milciades son las que me quitan el reposo.

Esto es: Themístocles, al ver que aquel glorioso caudillo era casi endiosado por sus conciudadanos, habia perdido el sosiego y sentia una tristeza desconocida.

¿Era la envidia?

No.

Era la emulacion.

Nada tiene que ver aquel asqueroso vicio con ese sentimiento lleno de nobleza y buen deseo, que nos hace ver con cierta melancolía el engrandecimiento del prójimo por sus propios merecimientos.

La envidia es una planta rastrera que solo puede nacer en un alma raquítica; la emulacion es la flor de perfumado aroma que germina al calor de la nobleza de un espíritu gigante.

La primera es el reptil que serpentea silencioso bajo las plantas del hombre: la segunda es el leon colosal del desierto que se siente conocedor de su propia fuerza, y como tal, con derecho á dominar allí á donde alcanza el eco de sus atronadores rugidos.

La primera puede solo tener cabida en el corazon de un precito; la segunda es digna de brotar en el pensamiento de un ángel.

Aquella es la tierra cenagosa y árida; esta el pensil de los más sazonados frutos.

El hombre que siente envidia por la felicidad de su semejante, solo puede tener dentro de sí un espíritu de aquellos que en los primeros instantes de la creacion levantaron orgullosos su frente ante la inmensidad del Eterno, y fueron lanzados al abismo insondable de la desesperacion infinita.

El que es movido por la emulacion, es digno por su elevacion de ideas de llegar á la region desconocida, en que se mece el alma que

TOMO III

atesora dignidad y grandeza en sus deliciosos sueños de gloria.

Muchas veces en la mente existen dormidas ideas trascendentales de virtud y de saber.

Están allí sin vida, sin luz, sin calor.

El sér que las posee, nada siente, por nada se preocupa.

Pero llega un instante en que resuena en su pecho un grito recóndito.

Es la conciencia que arguye; la conciencia que acusa; la conciencia que condena.

Y entonces el hombre, lleno de rubor, acobardado por el miedo, sumido en el dolor por la certeza de su impotencia, siente que de lo más oculto de su espíritu salta una chispa de fuego.

Crece, toma cuerpo, se multiplica y domina toda su existencia.

Es la emulacion.

El génio de Aristóteles, su ciencia, su argucia, su facilidad, no hubieran jamás existido sin la gloria de Isócrates.

La fortuna de Julio César, sus victorias, su fama, nunca hubieran ocupado un lugar en las páginas de la Historia, si no hubiese reinado sobre el mundo un Alejandro Magno, que con sus proezas excitara la ambicion de la ilustre víctima de Bruto.

Del mismo modo que los elementos químicos necesitan un reactivo para desarrollar toda la fuerza de su afinidad, el hombre, que es de por sí inactivo y estacionario, tiene que ser excitado por sus semejantes, para que emprenda obras de mérito, y alcance el ideal de sus aspiraciones.

Y esto, que sucede con el hombre ya perfectamente desarrollado, ocurre con mayor facilidad al jóven impresionable, cuya cabeza es un volcan de ilusiones.

Un premio concedido á tiempo, es un factor poderoso, que unido á la propension natural del corazon humano, ha de producir frutos sin cuento.

La distincion que la sociedad otorga al que es amante del estudio y del trabajo, tiene más fuerza que las legislaciones y los castigos, para volver laborioso y aplicado al abandonado y al holgazán.

Exortad á la aplicacion con máximas sin fin al que es poco inclinado á ella, y tal vez cogereis el fruto de ser escarnecido por vuestro oyente.

Pero colmad de honores delante del mismo, al que por sus méritos se hizo acreedor á ello, y la mayor parte de las veces obtendreis por la emulacion sinceras conversiones.

Y es que todas las almas fueron adornadas por Dios del sentimiento de lo bello, de lo justo y de lo bueno.

Que estas ideas, como hemos dicho anteriormente, duermen profundo sueño alguna vez.

Pero que al ver despertarse en un hombre alguna de ellas, se despiertan las demás en los que lo presencian.

Hé ahí el secreto de la emulacion.

Y esto que sucede al individuo, ocurre exactamente á las naciones.

Una de ellas ve á su convecina que prospera y florece.

Entonces entra el deseo de progresar, para no quedarse razagada.

Una Exposicion universal es el inmenso laboratorio de la emulacion del mundo.

Allí acuden hombres de todas razas, pueblos y religiones.

En los múltiples objetos que la industria, el arte y la ciencia presentan ante sus ojos, estudian lo que necesitan, comparan lo que son, piensan lo que deben ser.

Y estas ideas, importadas á través de las más distantes fronteras, fructifican en los lejanos confines del mundo, y hacen adelantar á las generaciones por el camino de su perfeccionamiento.

Cartago, la gran república africana, era un día la señora de los mares.

Su comercio no conocia obstáculos para propagarse por todas las costas del Mediterráneo y del Atlántico.

Su poderío era universal.

Roma, semejante al tierno niño que todavía no ha abandonado la cuna, no habia extendido aún su dominio más allá de las riberas del Tíber.

Pero vió la grandeza de Cartago.

Comparó sus fuerzas con las de esta.

Dedujo en consecuencia, que tenia tantos medios de vitalidad como la república de Dido.

Y fundada en el principio de que en igualdad de circunstancias las mismas causas producen los mismos efectos, vino á cerciorarse de que podia ser tanto como su rival.

Y se construyeron barcos.

Se crearon armadas.

Se pensó en la conquista.

Por fin, de progreso en progreso, de victoria en victoria, Roma llegó á igualarse á Cartago.

Despues consiguió dominarla.

Por último, se hizo dueña del mundo.

¿Quién condujo las naves romanas á las islas Egates?

La emulacion.

¿Quién guió los ejércitos de Scipion á las llanuras de Zama?

La emulacion.

¡Oh! no olvideis que este sentimiento, que embarga muchas veces el corazon humano, es un poderoso auxiliar para labrar la felicidad.

Elevad la vista á esa pléyade de hombres grandes que son el ornamento y la gloria de la pátria, y medita despues sobre esa sensacion que os impele á imitar sus grandes virtudes y sus altas cualidades.

No la desecheis.

Es, tal vez, la base del porvenir.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

LA CARIDAD

Era una tarde de Enero
(No recuerdo de qué año.)
La densa niebla apagaba
Del sol los débiles rayos,
Y de las espesas nubes
Que envolvían el espacio,
Iba, al descender, la nieve
Tiñendo el suelo de blanco.
Sin miedo al intenso frío,
Y aun á pesar de sus años,
Por las solitarias calles
Caminaba un pobre anciano
De triste y sombrío aspecto,
De rostro desencajado,
Y cubierto de esas huellas
Que siempre en el cuerpo humano
Van grabando poco á poco
Las lágrimas y el trabajo.

Al irregular compás
De sus vacilantes pasos,
Iba en un grueso baston
Su débil cuerpo apoyando;
Y dando envidia á la nieve
De su cabello plateado,
Flotaban los blancos rizos
Por el viento acariciados.

De pronto, se detenía
Como si buscara algo;
Fijaba en el triste Cielo
Sus ojos casi cerrados,
Y proseguía otra vez
Su camino incierto y vago.
¿A dónde iba? lo ignoraba;
Sin duda, á buscar amparo
De la Santa Caridad
En los bienhechores brazos.
Al entrar en una calle
En que el viento aprisionado
Silbaba con violencia,
Y frente al recinto santo
De una iglesia, un caballero
(Ya que este nombre otorgamos
Al que vive en la opulencia
Entre el desorden y el fausto),
Sin reparar casi en él,
Llegó cerca del anciano;
Y éste, con abogado acento,
Vertiendo copioso llanto,
Exclamó: «*En nombre de Dios,
Dadme una limosna, hermano;
Ved que el hambre y la fatiga
Van mis fuerzas agotando.*»
Pero con aire insolente,
Aquel hombre desalmado
Dió un empujón al mendigo
Que le interrumpía el paso,
Y prosiguió su camino
Diciendo: «*Para los vagos
No llevo nunca limosna,
Que por huir del trabajo,
Viven, como tú quizá,
El sustento mendigando.*»
Era la primera vez
Que el pobre viejo, obligado
Se había visto á implorar
Para su desgracia amparo;
Y cubriendo el triste rostro
Con sus temblorosas manos,
Hincó en tierra la rodilla;
Las fuerzas le abandonaron,
Y en las gradas de la iglesia
Halló su eterno descanso.

.....
Trascurrieron, como siempre,
Veloces días y años,
Y en una humilde bohardilla,
Ya sin riqueza y sin fausto,
Poco despues de la historia
Que refiere este relato,
Perecía en la miseria
El caballero inhumano

Que al moribundo mendigo
Negó consuelo y amparo.
.....
Dios, en su santa justicia,
Nos dá en esto ejemplo santo,
De que el orgullo y el oro
Són un ilusorio engaño,
Que hace, al parecer, más dulce
La senda que atravesamos.
«Niños, no olvideis jamás
Que vive siempre envidiado,
El que ejerce en este mundo
La Caridad y el trabajo.»

MARIANO DE LARRA Y OSSORIO

LAS CIGÜEÑAS

EL PREMIO DE UNA BUENA ACCION

Hará próximamente cuarenta años que el Sr. Claudio, alcalde hoy de un pequeño pueblo situado en la falda de la sierra de Guadarrama, solo tenía diez y ocho años de edad, una abuela que contaba ya setenta, y media docena de cabras, que con sus escasos productos apenas si abuela y nieto podían subsistir.

La aldea de Claudio era tan pobre, que á pesar de haber en ella una iglesia bastante regular, no podía sostener un cura párroco para dirigir á sus moradores por la senda de una buena moral; por lo que aquellas sencillas gentes, sin ser crueles con los animales, se mostraban bastante indiferentes, al presenciar los padecimientos de éstos.

Sobre la torre de la iglesia, una pareja de cigüeñas fabricó su monstruoso nido, que los chicos del pueblo reputaron como suyo, si bien por convenio expreso reservaron su devastación hasta que los pollos criados en él se hallaran plumados y en situación de poderse divertir con ellos, mortificándolos.

Tres meses duró la crianza de dos cigüeños, á quienes los padres cuidaron con la mayor solicitud, menudeando sus excursiones y cacerías al campo para traer á sus polluelos, cuándo el lagarto, cuándo la rana, cuándo la culebra ó el raton, pues es sabido que la alimentación de estos zancudos es á costa de bichos repugnantes y perjudiciales al hombre.

Llegó por fin el deseado momento por los muchachos, de dar el asalto al nido, y un domingo por la mañana, entre la algazara y los gritos de más de veinte rapaces, el edificio que con tanto esmero y trabajo habían fabricado aquellos amorosos padres para criar y preservar en él al fruto de sus amores, fué impiamente devastado, y los dos tiernos cigüeñuelos que lo ocupaban, apenas cubiertos de pluma, bajados á la plaza del lugar, donde corridos, hostigados y golpeados con varas delgadas, dieron mucho que reír y alborotar á sus verdugos con el kra... kra... semejante al sonido de una carraca, que los animales lanzaban en sus quejidos de dolor.

Claudio, que como hemos dicho, tenía entonces diez años de edad, presenciaba, sin tomar parte en ellos, tales actos de crueldad y de salvajismo, y habiendo sucumbido ya uno de los dos animales á tales tratamientos,

con objeto de salvar al que quedaba vivo, propuso á sus camaradas que si le cedían éste, aquella tarde los acompañaría á un prado lleno de fresas, en el que podrían merendar y recrearse.

La consideración de que el cigüeño que aún existía moriría pronto, unida á la promesa de Claudio (que efectivamente les cumplió), hizo que los muchachos le cedieran el pobre animal, bastante estropeado ya; y el buen niño, que tenía un corazón sensible á los padecimientos ajenos, cogió triunfante á su pajaraco en los brazos, le colocó en su casa dentro de un nido de yerba seca, y le alimentó con un soberbio lagarto que mató de una pedrada.

Un mes despues de este acontecimiento, el zancudo y agradecido animal, seguía á su bienhechor á cualquier parte que se dirigiera, no sin excitar la risa de todo el pueblo por la gravedad con que le hacían andar sus altísimas patas, por lo desmesurado de su cuello y por lo voluminoso de su pico.

Aunque tan niño y sin ninguna instrucción, con solo su buen sentido comprendía Claudio lo ridículo de las apreciaciones y de las burlas de sus convecinos, que sin tener en cuenta las perfecciones con que el Divino Hacedor había dotado á aquel animal para el género de vida á que le destinara, encontraban grotescas sus acciones, por la poca semejanza que tenían con las de sus burladores.

El natural instinto de las cigüeñas á destruir toda clase de animales dañinos estaba tan desarrollado en la que poseía Claudio, que conocidamente había hecho desaparecer ya del pueblo y sus cercanías gran número de asquerosos reptiles que hasta allí habían pululado impunemente, granjeándose con esto, si no las simpatías de los vecinos, al ménos su tolerancia, y que no fuera perseguida por los muchachos.

En una calurosa tarde del mes de Agosto, Claudio dormía la siesta á la sombra de una gran peña, mientras sus cabras pacían y triscaban á su rededor. El cigüeño, que nunca le abandonaba, hallábase cerca de él, inmóvil y silencioso sobre sus largas patas, semejante á un centinela encaramado sobre sus zancos, con objeto de que su vista pueda abarcar más distancia, velando así mejor el sueño de su amigo y compañero.

Este vigilante de nueva especie, de repente se estremece, arroja un atronador ¡kraaa! y desplegando sus desmesuradas alas, se lanza furioso sobre el desnudo pecho del muchacho; que despertado súbitamente, vé á su querido cigüeño con una horrible víbora en el pico, que en vano se retuerce y serpentea por desasirse de la dentada tenaza que le tritura y golpea contra las peñas, hasta verla despedazada.

Sin esfuerzo de imaginación, Claudio comprende lo que acababa de suceder. Aprovechando el sueño del niño, y excitada por el incentivo de la desnudez de su seno, la víbora se había deslizado por entre las piedras hasta llegar á él; y en el momento de lanzarse sobre su presa para infiltrarla en la sangre un veneno mortal, el vigilante zancudo se preci-

pita sobre el verdugo de su salvador, librándole así de una muerte casi cierta, y pagándole de este modo la deuda de gratitud que le debía...

Claudio acarició á su defensor con efusion, y éste, como si comprendiera que aquellas caricias eran merecidas, pavoneándose y haciendo la rueda volvió al pueblo con su camarada, apacentando las inquietas y caprichosas cabras.

Contada en el pueblo la aventura por el pastorcito, todos los vecinos dieron la enhorabuena á éste y á su abuela, cesando desde este lance las burlas de que hasta allí habia sido objeto el pobre cigüeño; y *encontrando ya muy natural* que sus patas fueran altas, para evitar que las víboras alcanzasen á morderle en el cuerpo; que el pescuezo tuviera colosales dimensiones, á fin de poderle revolver á voluntad en los accidentes de la lucha, y que su pico largo y puntiagudo guardase tal forma, toda vez que así era necesario para descoyuntar y triturar con él á las víboras yculebras.

Pocos meses despues de esta aventura, se estableció en la aldea de Claudio un venerable sacerdote, que no necesitando los emolumentos de la parroquia, se encargó por caridad de dirigir la iglesia y la conciencia de aquellos pobres serranos.

Encantado de los buenos y humanitarios sentimientos del niño Claudio, le enseñó á leer y escribir; despues, á ayudarle á misa y demás servidumbres de la iglesia; y perseverando el pastorcillo en ser honrado y benéfico hasta la edad de 30 años, en que perdió tan bueno é ilustrado protector, éste le legó á su muerte cuanto poseía, que si bien no fué una gran fortuna, sirvió de cimiento para que su ahijado haya llegado á ser el acomodado señor Claudio, *Alcalde*, y respetado en su comarca por la buena posicion en que se encuentra, y más aún por sus sentimientos benévolos y humanitarios con toda clase de seres.

Si algo ha podido interesaros este cuentecillo, niños míos, y deseáis saber lo que fué de la cigüeña de nuestra historia, voy á deciros que cuatro años despues de haber salvado á Claudio, en un mismo día se le murieron á éste su abuela y compañero el cigüeño; por lo que no nos atrevemos á asegurar si las muchas lágrimas que derramó el pastorcillo, fueron todas por la pérdida de su abuelita.

CAYETANO COLLADO

LOGOGRIFO

(FÁBULA)

UNA VIRTUD Y UN PECADO (1)

Las siete letras del divino *todo*,
que es virtud peregrina,
se pueden trastornar, y de este modo
tú, lector, lo que dicen adivina;
su mayor enemigo encuentra en ellas

(1) El autor tendrá mucho gusto en regalar un ejemplar de dicho de sus «Fábulas morales» al niño suscriptor que remita una traducción bien hecha de este fácil logogrifo.

pecado capital, y al mismo punto le dice nuestro todo en sus querellas:
del verbo, que es el tema de mi asunto,
hay seis tiempos en mí, que encierran claros mis consejos y oficios en conjunto;
lo que es la gente que en lugar primero debe ejercerme, cuando acaso escucha la interjección que tengo, y oír no quiero;
lo que hacen el que labra y el que teje;
lo que tiene en el sol su eterno eje,
y el punto á donde boga el marinero,
de ópera que te doy de nombradía tal vez *cantando lo que en mí se halla,*
tal vez creyendo ver en fantasía,
surcando lo que yo también te digo;
como es del pescador la burda malla vélo sutil de la *deidad* que abrigo,
si quiere perdonar la ortografía,
de un *héroe* grande de la líbera historia tengo el nombre de célebre memoria,
y el insigne apellido
de un *escritor francés* muy conocido.
Tú eres, sin duda, lo peor que tengo;
¿porqué no cedés á mi influjo, amigo?
capital el pecado de abolengo
con una *negación* que vió en mis letras respondió desdeñoso:
eres loca, virtud, si tal impetras;
todo me importa nada, y sin reposo,
que obre quiero sin razón ni veda,
el *otro imperativo* que te queda;
que la tierra en que suda el buen labriego,
la reja hincando en ella con ahinco
lo que hacen cinco de tus letras, quede merced á lo que *arrastran otras cinco.*
¡Bien la respuesta fué para su mengua lo que dice del todo un *adjetivo*!
(Perdonen los puristas de la lengua.)
Mas la *virtud* hermosa
cuán bien, le dijo, pintas á lo vivo tu imagen horrorosa
en la *parte del cuerpo*, que en mí todo
Se puede componer...! rugió el *pecado*
y á la noble virtud ofende ciego
más cada vez, penetrando en lodo.
Y esto pasando, luego
de la *línea común* que el todo tiene,
según lógico era
y sentido común asaz previene,
dió lugar, como siempre, á mil desdichas,
de que siempre también es la primera,
según es bien probado
víctima principal el vil pecado.
Cinco letras aún, que en el trastorno
de las del todo por citar faltaban,
otro adjetivo que miseria indica,
combinaron al punto en consecuencia,
y el *pecado* á su capa se lo aplica,
castigo que le dió su delincuencia.
Acaba aquí el trastorno; «y cual sucede siempre en tanta pasión, que nos devora,
como estas letras ora
todo al fin vuelve á refundirse adrede,
del todo en la virtud consoladora.»

ALFONSO E. OLLERO

UNA CONCEPCION DE MURILLO

(Continuación)

II

Pasó el cruel invierno; desaparecieron las nieblas, los hielos y la escarcha; volvió la primavera ricamente vestida con su manto de flores, coronada su frente de verdes hojas, de delicados capullos; y los pajarillos con sus alegres trinos; y los arroyuelos con su murmullo blando; y la tierra adornada de preciosas galas; y los frondosos árboles, y el rosál florido, y el azulado firmamento, bri-

llante espejo de la risueña naturaleza, anunciaban ya días tranquilos y halagüeñas esperanzas para el atribulado espíritu de aquellas sencillas y cándidas criaturas. Isabel podría volver á sus tareas, y la anciana no sentiría ya crispase sus dedos con el frío, al tocar la rueca.

¡Ilusiones!

Cierta mañana en que la inocente niña, henchida el alma de religioso fervor, habia salido presurosa de su pobre casita en dirección del cercano soto, para tejer una guirnalda de flores, con la que pensaba engalanar la imagen de la Virgen, el propietario de la cabaña en que vivían, hombre rudo y de aspecto adusto, se presentó á la pobre viuda, y, con áspero acento, que revelaba su imperioso carácter y su frío y seco corazón, la dijo:

—¡Vaya! el año de vuestro arriendo ha vencido. Los tiempos han sido malos; necesito dinero, y vengo á pedir mi renta.

—¡Ay! respondió Mariana, llena de temor y sobresalto: ¡los tiempos han sido peores todavía para mí que para vos! ¡Nos ha faltado pan muchas veces!... Juzgad, pues, si me será posible satisfaceros lo que os debo.

—Entonces, replicó el arrendatario con un aspecto feroz, y dando una patada en el suelo: buscad un alma caritativa que os ampare por amor de Dios, pues yo vuelvo á la ciudad, y dentro de breves horas estareis sin remedio fuera de esta cabaña.

Aquel hombre duro é insensible no tenía más temor de Dios, que piedad de sus semejantes.

—¡Oh! ¡Virgen santa! exclamó con angustia la anciana, cubriéndose el rostro con ambas manos, y vertiendo sobre ellas amargas lágrimas. ¡Concededme, señor, algunos días de respiro! ¡No ocuparemos por mucho tiempo este pobre asilo! ¡Yo espero en Dios que mi ancianidad y la juventud de mi hija lograrán interesar á alguna alma piadosa que nos ampare y nos socorra! ¡Puedo acaso poner en la calle mi lecho, la pobre mesa y las tres sillas, única riqueza que poseo?

—¡Señora! ¿Habeis perdido el juicio? ¡Vuestro lecho, vuestras sillas, vuestra pobre mesa...! ¿No sabéis que me pertenecen? ¿Pensábais acaso llevaros esas prendas? ¿Quién me pagaría entonces lo que me debéis? ¡Ah! no, voy á hacéros las vender enseguida.

—¡Vender mi lecho! ¿Qué decís? ¿Consentireis en dejarme morir sobre la paja?

—Hacedlo donde mejor os parezca; eso me inquieta muy poco; lo que me importa es que se me pague, lo cual, á decir verdad, creo será imposible con el mezquino valor de vuestro miserable ajuar: pero probaremos...

La infortunada anciana se echó entonces á sus piés, y se esforzó en vano por asirle las manos, en ademán y con acento suplicantes; el casero la rechazó bruscamente, y, abriendo la puerta con precipitación, arrojó una mirada insensible sobre las blancas canas de esta desconsolada mujer, diciéndola al salir, con ronca voz, que revelaba su ira:

—Os lo he prevenido ya: mañana responderéis á la justicia, que vendrá á haceros una visita.

Mariana quiso levantarse para rogar de

nuevo al propietario, por ver si conseguia ablandar su duro corazon; pero lo intentó inútilmente; sus fuerzas la habian abandonado por completo; estaba clavada al suelo, y anegada en copioso llanto. Ya no vió en torno suyo más esperanza que su adorada Virgen. Entonces cruzó sus manos, y, elevando sus cansados ojos á aquella preciosa imagen, con acento tierno y conmovedor, llena de fé y esperanza, exclamó:

—¡Oh, Santísima Virgen! Madre de las madres, amor de sus amores, mi gloriosa protectora: ¡no me abandoneis en tan amargo trance! ¡Tened piedad de mí!

Levantóse un tanto tranquilizada, como si su corazon sintiera algo de celestial alegría; y, para refrescar su abrasada frente, se aproximó al marco de la ventana, desde donde se percibia el ruido sordo de las aguas del Ebro, y se veia la vasta llanura del valle ameno que bordaba sus risueñas orillas, y las agudas é innumerables flechas de los campanarios de la ciudad. Cruzando por su imaginacion tristes pensamientos, no se habia fijado en el hermoso soto que tenia frente á sus ojos, y en donde hubiera visto, sin duda, á su inocente y querida Isabel que, pocos momentos antes, tejía, afanosa, con menudas y olorosas flores, la corona dedicada á la Virgen.

Los alegres cantares de la niña distrajerón á la anciana de su profunda meditacion. El ruido de sus pisadas, al penetrar en la estancia con bulliciosa inocencia, la hicieron volver en sí.

—¡Madre! ¡Madre! gritó Isabel con infantil alegría: traigo para la Virgen esta preciosa guirnalda, que quiero dedicarla en vuestro nombre; y os traigo, además, este bonito ramo de violetas, lirios y tulipanes.

La hermosa niña, al mismo tiempo que ofrecia á su madre el delicado regalo, le tendió sus amantes brazos, y la estrechó cariñosamente, besándola con efusion.

—¡Gracias, hija mia! dijo la anciana, desgarrada su alma por un tristísimo recuerdo. ¡Qué buena eres! ¡La Virgen escuchará compasiva nuestras oraciones, y acogerá benigna tus inocentes plegarias!

Isabel prendió, amorosa, alrededor del cuadro, la guirnalda de flores, y volvió á abrazar á la pobre anciana.

Todo el día lo pasó este ángel de bendicion refiriendo á su madre cuanto habia visto en el soto; y habló de la fuente, y de los rosales, y de los pajaritos que se escondian entre las ramas... ¡Ah! bella inocencia, ¡qué hermosa y cándida eres! ¡Cuán puros y delicados son tus acentos!

Llegó la noche, y, despues de dirigir á la Virgen la oracion cotidiana, se acostaron, sin que Mariana hubiese revelado á su hija nada del triste acontecimiento de aquel día.

III

Isabel disfrutaba en breve del sueño tranquilo de la inocencia: pero su madre no podia pegar sus humedecidos párpados, viéndose ya, mejor dicho, viendo á la hija de sus entrañas errante, sin abrigo, sin amparo, como esos pobres mendigos que se juntan á pasar la noche en un portal para dormir so-

bre un poco de paja fria, y, tal vez, húmeda. Por fin, tan melancólicas imágenes fueron desapareciendo poco á poco entre sombras, como se esconden los tibios y macilentos rayos de la luna en el horizonte; y su ardiente cabeza, fatigada ya demasiado, cayó rendida sobre la almohada: Mariana logró dormirse. Como el espíritu siempre vela, vió en sueños á la Virgen, que la tendia sus amorosos brazos, apartando á cuantos querian hacerla algun daño; y vió tambien que la alargaba un precioso bolsillo lleno de monedas de oro, y que la guiaba de la mano, y la hacia penetrar en una magnífica habitacion, alhajada como la de los señores. Por último, vió una hermosa nube de vivísimos resplandores, y en su centro, el trono de la Virgen, rodeado de brillantes estrellas, que formaban una preciosa guirnalda.

Y veia allí, radiante de belleza, á su querida y bendita hija, que la llamaba hácia sí con dulcísimo acento. Todo esto y más veia, cuando se despertó al sentir la impresion de un cariñoso beso, que deslizó suavemente Isabel en sus mejillas.

—¿Qué tal noche habeis pasado? preguntó la niña á su madre.

—¡Ay, Isabel! respondió tristemente la anciana. ¡Será la última bajo este humilde techo, en esta pobre cama donde he dormido más de cuarenta años! ¡Hija mia! ¡Hija mia! ¡Desde hoy no tendremos dónde reclinar nuestra cabeza! ¡La piedra de los campos será nuestra almohada, la tierra nuestro lecho!

Y mientras que Mariana fué vistiéndose, contó á su hija la visita del propietario, su dureza, sus amenazas; ¡sus crueles amenazas, que pronto iban á cumplirse!

Isabel prorumpió en gritos dolorosos, y se arrojó al cuello de su madre, que en vano se esforzaba por consolarla, tal vez pesarosa de haberla comunicado tan infausta nueva.

Pero en este momento se sintieron pasos, y el casero, con fruncido ceño y airado semblante, apareció en la habitacion, acompañado de un escribano y dos alguaciles del juzgado. Y, sin fijar la vista en aquella desgarradora escena, tomaron asiento junto á la mesa, sobre la que pusieron sus papeles, y escribieron las primeras diligencias, tomando nota de los muebles y sacándolos enseguida, para venderlos despues en pública subasta.

Las dos infelices mujeres, que habian presenciado, mudas de dolor, aquel cruel despojo, tan luego como se vieron solas, doblaron sus rodillas, cayeron al suelo, y se estrecharon para llorar.

Al trascurrir una hora, poco más ó menos, los agentes volvieron á penetrar bruscamente en el cuarto; tomaron un espejo ennegrecido, deslustrado y lleno de rayas, para venderlo tambien, porque la tasacion de los pocos enseres que llevaron antes, apenas llegaba á una tercera parte de lo que importaba la deuda. Estaban ya para marchar, cuando el casero, lleno de cólera, porque creia que iba á salir cargado con las costas, les señaló el cuadro de la Virgen, al pié del cual Mariana é Isabel se hallaban arrodilladas y temblorosas.

—¿No hay otra cosa? dijo el alguacil, in-

comodado, en vista de tan exíguo producto.

—Registrad nuevamente; tratemos de hacer dinero, repuso con voz imperiosa y dura el propietario.

El agente practicó un escrupuloso reconocimiento, y, cuando vió que no habia más enseres, tomó el espejo, y se puso á descolgar la imagen.

En este instante, las cristianas mujeres, como heridas por el rayo, lanzaron un grito de desesperacion y de espanto.

—¡Cómo! dijo Mariana, toda temblorosa; ¿tambien me arrebatan la santa imagen de la Virgen? ¡Ay! ¡Dios mio, Dios mio! ¡Hé aquí la mayor de mis desgracias! ¡Dejádmela, señores, que, aunque vale poco, es mi único bien, mi dulce y tierno consuelo! ¡Hija mia! ¡Ayúdame á rogar á estas inhumanas gentes!

Y en tanto que Isabel caia arrodillada á los piés de aquel hombre cruel y duro, Mariana, colocándose delante de la imagen, hacia esfuerzos sobrehumanos por defenderla de los que ella consideraba como á sus profanadores.

El aire brutal del propietario no desarmó tampoco á la anciana.

—Dejádmela, por Dios! le decia con el acento más tierno y suplicante. ¡Dejádmela! os lo ruego por la santa memoria de mi esposo, por el recuerdo de mis bodas, celebradas ante esta sagrada imagen: ¡ah! ¡no! ¡no! ¡Tendreis compasion de mí! ¡Me dejareis ese pobre lienzo, que ha escuchado el primer suspiro de mi hija al entrar en la vida, y ha recogido tambien la última mirada de mi esposo, al despedirse del mundo! ¿Qué vais á ganar vendiendo esa imagen, cuando es más vieja que yo, tan próxima á romperse en girones, como yo á convertirme en polvo?

Pero el casero se mostró, como siempre, impasible, pues ni siquiera se dignó responder á los agudos lamentos de la anciana. Arrancó la imagen de su sitio, y se la entregó al agente.

Estos hombres sin corazon desalojaron en aquel instante la desmantelada vivienda, dejando sumidas en la mayor amargura á las dos santas mujeres, modelo de virtudes, que el cielo premiaria algun día con generosa largueza.

DOMINGO FERNANDEZ ARREA

(Se continuará)



EL PRIMER HIJO

SONETO

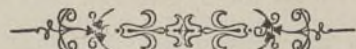
Con anhelante gozo, deseando
llegase al fin el ansiado día,
al esperar su hijo, sonreía
con la ilusion de aquel que está esperando.

Y al sonreir su rostro, contemplando
en lontananza el bien que Dios la envía,
con la hermosa ilusion, solo vivía,
y en el día feliz, solo pensando.

Mas, cuando la ilusion cambió, de suerte
que en verdad se tornó, naciendo el niño,
arrancó la ilusion la fria muerte,

Y al cegarla el cariño, ella no advierte
que al estampar un beso de cariño,
da el beso de calor á un cuerpo inerte.

CARLOS MARÍA DIAZ VALERO



LOS COJOS

Cojo me vió cierto día
un buen amigo en paseo,
y me contó por recreo
de un cojo la biografía.
¿Su cantar..... cómo decia?
no recuerdo..... sólo sí
que versos le prometí
sacar sobre la cojera,
en desquite, á mi manera:
míralos, lector, aquí.

Tanto abundan los cojos
en este mundo,
que la cojera es digna
de un sério estudio.

Segun el diccionario,
Cojera es falta:
por eso de los *cojos*
la cifra es ála.

¡Feliz el que no es siempre
lisiado, ó cojo!
Prueba que en nada falta,
y esto no es poco.

Te cuenta á tí, mi amigo,
mi fé entre aquestos;
¿y yó?... ¡pardiez!... ¡ay!... vaya,
no me parezco.

Hay cojos en el cuerpo,
cojos en alma,
cojos que están ocultos,
hasta que hablan.

Hay cojos de cabeza,
cojos de patas,
cojos de la una pierna,
cojos de entrambas,

Gestos hay que hacen cojos
cuando caminan,
que á risa en vez de lástima,
con ello inclinan.

Put llevan algunos
que es *de madera*;
y otros cojera ocultan
en la mollera.

Enumerar los varios
tipos de cojos,
es cuestion peliaguda,
que tiene abrojos.

Y entre los cojos muchos,
que dan tristeza,
son peores que todos
los de cabeza.

¿Y los cojos morales?
no nos cansemos,
son más los que hay ocultos,
que los que vemos

El andar de los cojos
es admirable,

cuando un pié dice X,
otro hace H.

Si de distinta pierna
cojos se topan,
una hélice linda
sus tibias forman.

Y si, apurando el caso,
chocan, tropiezan;
son tenazas de frágua,
de ráils traviesas.

Quisiera ver un baile,
que todos fueran
cojos, bailando polkas,
ó unas manchegas.

De ciertos bailes muchos
cojos quedaron,
¡y los demás danzantes
no dicen «¡álto!...»

Hay bailes de palabras
que salen cojas,
de pláticas que matan
siempre la lógica.

No se diria por cierto,
si así no fuese,
Putas de cabra suelta,
cuando habla ese.

Muchos, al hablar, salen
de Enero á Mayo
siempre con *patochadas*,
Putas de gallo.

Dinero, ó cura pide
pata de pobre,
y la henchida de orgullo
parches de bronce.

Medias de chillon rojo,
de perdiz pata,
dan un gráfico apodo
á quien las calza.

Llámase hacer su gusto
pata galana,
aunque tormento sufra
pierna encojada.

Es mi casa un ejemplo
de una paz viva:
todo va, apenas salgo,
patas arriba.

Mucho á la *pata coja*
juegan los chicos:
hombres de seso á veces
¿no hacen lo mismo?

A *pata*, á *pié* se meten
do no los llaman
muchos, que merecian
buena mordaza.

Muchos con suma astucia
¡ay! nos engañan;
mas el tiempo y descuidos
sacan su *pata*.

Muchos mas; pero..... basta,
querido Pedro,
que es *la cojez* de caras
sin fin poliedro.

Si los cojos se rinden,
más esto cansa:
perdona mi exabrupto
A *pata llana*.

JOSÉ A. GARCÍA DE LA IGLESIA
(*Fresbítero escolapio*.)

EL HÉROE DE MACEDONIA

POR

ALFREDO F. ARREA FEIJÓO

(Continuacion)

II

EDUCACION DE ALEJANDRO

En el número de primero de año os he referido, mis queridos lectores, los prodigiosos sucesos de que vino acompañado el nacimiento de Alejandro, favorables presagios y felices augurios, muy parecidos á los que se cuentan de todos los grandes capitanes de la antigüedad.

Impresionado Filipo por estas misteriosas revelaciones, y no queriendo, por otra parte, dejar por sucesor suyo á un príncipe negligente y perezoso, escribió á Aristóteles las siguientes líneas:

«Tengo un hijo, y doy mil gracias á los dioses, porque ha nacido en tiempo de Aristóteles, cuyas lecciones le harán digno de sucederme y de gobernar la Macedonia.»

No se engañó Filipo, pues Alejandro recogió cuidadosamente todas las doctrinas de este gran filósofo.

Fueron ayos de este príncipe su tío Leónidas, hermano de Olimpia, y Lisímaco de Acarnania, y su nodriza, Helánica, hija de Dropis y hermana de Clito, que le salvó la vida en la batalla de Arbela.

Procuraron sus ayos inspirar á Alejandro desprecio á los placeres é indiferencia á los adornos y frívolas exterioridades; y hasta tal punto lograron su propósito, que cuando le decían que se arreglara el cabello, contestaba irónicamente:

—*El arreglarse con tanto esmero es propio de mujeres, que no tienen otros medios para hacerse recomendables, y yo lo habré conseguido, si llego á poseer la virtud.*

En las carreras de jóvenes que se celebraban en Macedonia, ó sea las pruebas militares, Alejandro competía con los más aventajados, y no solo ganaba á sus compañeros, sino que avanzaba en la carrera á los caballos más fogosos.

A este propósito, se refiere de este príncipe que, cuando los griegos regalaron á su padre, al nombrarle generalísimo, un caballo muy hermoso y cerril, llamado Bucéfalo, por tener la marca de una cabeza de buey, y al que nadie podía domarle, ordenó Filipo á sus monteros y caballerizos que le matasen; pero Alejandro, mostrando lástima de que hicieran morir á tan soberbio animal, empezó á

murmurar entre los caballerizos, y oyéndolo su padre, le dijo:

—¿Acaso puedes tú domarle?

A lo cual contestó Alejandro:

—Si me das poder para ello, lo domaré.

Creyendo Filipo que no podía sujetarle, hizo que sus caballerizos convinieran con Alejandro en que si no lo conseguía, pagaría el importe del caballo, y de lograrlo, Bucéfalo sería para él.

En efecto, comprendiendo que su sombra le espantaba, lo puso frente á los rayos del sol, y así lo tuvo mucho tiempo; y cuando vió que estaba fijo el caballo mirando al astro del día, dió un brinco y montó sobre él, y aplicándole los acicates, empezó á correr por la espaciosa llanura donde estaba, hasta que, cansado y sin fuerzas, pudo domarle y montar en lo sucesivo, quedando suyo el caballo, en virtud del contrato celebrado con los monteros y caballerizos del rey.

Entonces Filipo, al ver la destreza y bravura que mostró su hijo, le nombró general de la falange macedónica (1).

Alejandro, desde sus primeros años, manifestó gran amor á las bellas artes, distinguiéndose especialmente en la música, que abandonó despues, por creer que este ejercicio era poco decoroso á la majestad real.

Más adelante, siendo ya rey, no consintió que le erigiese estatuas sino Pírgoteles, permitiendo únicamente á Apeles, á quien profesaba gran estimación, que le retratase sobre lienzo, y que solo le esculpiesen en medallas Lisipo y Políclites, que eran los artistas más celebrados de su tiempo.

Despreció á los comediantes, á quienes conceptuaba como corruptores de las costumbres.

El mismo juicio tenía formado de los que luchaban á golpes de puño, que eran muy estimados entonces en Grecia, como lo son hoy los *boxeadores* en Inglaterra, ejercicio más brutal y feroz que el de los toreros en España.

Era este príncipe tan aficionado á la *Iliada* y *Odisea* de Homero, á cuyas inmortales obras llamaba su arte militar y mejor provisión para la guerra, que las ponía siempre bajo la almohada, junto á su espada.

Antes de dar una batalla leía estos poemas tres ó cuatro veces, y al preguntarle Pausanías, general macedónico, que se distinguía mucho en el reinado de su padre y en el suyo, por qué se enardecía tanto cuando leía estas obras, contestó:

—Leyendo yo estas páginas, veo las glorias de mis antepasados, y no quiero ser el último en imitarlos.

Otra prueba del gran aprecio en que tenía estas obras, nos ofrece Alejandro cuando cayeron en su poder, en la batalla de Isso, la madre, esposa é hijo de Darío.

Al entregarle aquella la caja de perfumes de su hijo, Alejandro exclamó:

—La reservo para otra cosa más digna, y diciendo esto, tomó la *Iliada* y *Odisea* y las guardó en esta caja.

La admiración y respeto que tributaba á Homero se revela, por último, en los siguientes hechos:

Habiendo mandado guardar un cofrecillo de riquísimo valor que recogió de los despojos de Damasco, le preguntaron las personas de su confianza cuál era el destino que iba á darle, y él contestó:

—En ese cofre guardaré las obras de Homero, que son las mejores de todas las humanas.

Trayéndole cierto día un cortesano una noticia satisfactoria, y viendo el semblante risueño del mensajero, exclamó:

—¿Qué noticia puedes traerme más satisfactoria que no sea la resurrección de Homero?

Alejandro fué también muy aficionado á las ciencias naturales, y esto provenía de la gran curiosidad que mostraba por saber cuál era el mecanismo de la vida de los animales.

Observando su padre Filipo esta buena inclinación, encargó sobre todo á su maestro Aristóteles que le aleccionara bien en esta clase de conocimientos. Por esta causa, sin duda, pretendía este príncipe descender de Esculapio, dios de la Medicina.

No le eran tampoco desconocidos los estudios astronómicos.

Un día que su ejército estaba acampado á las orillas del Tigris—cuyo nombre en lengua persa quiere decir *flecha*, por la velocidad de su corriente y las muchas piedras que arrastra—la luna empezó á oscurecerse y á teñirse como de manchas de sangre, y sus soldados, amedrentados, creyeron que el cielo, enojado contra ellos, no les prestaba su ayuda. Alejandro les hizo comprender, ayudado de los adivinos de Egipto, que este fenómeno era un eclipse de luna, el cual significaba que los persas iban á perder la batalla, así como si hubiera sido de sol la hubieran perdido ellos.

Profesaba á los sábios especial cariño, y de ello dió repetidas pruebas en el respeto y veneración que tuvo siempre á todos sus maestros. Bien conocido es el hecho que se refiere con respecto á Diógenes. Vivía este filósofo en Craneo, arrabal de Corinto, donde había un hermoso bosque de cipreses, y deseando Alejandro tratarle, salió de paseo cierto día en dirección del bosque, y avistándose con él, le dijo que pidiese lo que quisiera, y Diógenes contestó: *Sólo te suplico te apartes un poco, y no me quites el sol*; cuya inesperada respuesta hizo exclamar al rey de Macedonia: *A no ser Alejandro, quisiera ser Diógenes*.

Su tía y aya Leonidas le había infundido un gran respeto á los dioses. En ocasión en que este príncipe celebraba un sacrificio, al ver la enorme cantidad de incienso que quemaba, Leonidas, varón severo y enemigo de la profusión, le dijo: *Cuando conquistes los lugares de donde se trae el incienso, podrás quemar toda esa gran porción*. Más adelante, cuando conquistó y pacificó la Arabia, acordándose Alejandro de las palabras de su tía, le envió tal cantidad de perfumes, que llenó una gran parte del vestibulo, con orden de que dijeran á Leonidas: *Que otra vez no fuese tan escasa en honrar á los dioses, pues veía por experiencia con*

cuán dobladas creces remuneraban las ofrendas que se les hacían. Por este mismo respeto religioso, cuando fué á Jerusalén, dispuesto á pasar á cuchillo á todos sus habitantes, bastó la presencia del Sumo Sacerdote para aplacar el enojo de Alejandro, el cual adoró á Jehová, grabado en una lámina de oro de la mitra del Pontífice. Despues entró en el templo, donde sacrificó á Dios en la misma forma que lo hacían los judíos, y le consagró ofrendas.

Desde sus primeros años, se mostró Alejandro aficionado á las armas y apasionado por las glorias militares. Supo una vez que su padre había ganado una gran batalla, y sintiendo cierto pesar, dijo á Pausanías, compañero y amigo suyo: *Mi padre se lo tomará todo para sí, y no nos dejará á nosotros nada que hacer*.

En otra ocasión, cuando Artabaces y Menope, sátrapas sublevados contra el rey de Persia, huyeron á Macedonia en demanda de auxilio, mientras todos los cortesanos, y el mismo Filipo, se cuidaban solo de saber cómo estaba adornado el trono de Ciro, que según dicen era de oro, y cuántas eran las riquezas que encerraba el palacio de Persépolis, Alejandro hacia á los fugitivos sátrapas las siguientes preguntas: *¿Qué armas usan los persas? ¿Son los pueblos valerosos? ¿Los caballos son arrogantes? ¿Cuántas jornadas hay de Susa (1) á Macedonia? ¿Qué carácter tiene el rey? ¿Cuáles son sus ejercicios y diversiones? ¿Tiene grande estimación á la virtud?* A todas estas intencionadas y discretas preguntas, Menope, no pudiendo contenerse, exclamó: *Nuestro rey es un monarca muy rico; pero este niño será un gran rey*.

En sus primeros años fué muy sóbrio, hasta en sus más pequeñas necesidades; jamás se excedió en la comida ni en la bebida, aunque despues de la conquista de Persia, la bebida fué su vicio más dominante. Embriagado estaba cuando Pausanías, compañero de su niñez, y uno de sus más valientes capitanes, fué atravesado por un dardo, por decir que su padre Filipo había tenido más gloria que él; y embriagado estaba también cuando, por contrariar Clito sus pasiones, pereció atravesado por una lanza que arrebató de las manos á uno de los soldados que formaban la guardia del trono. En su embriaguez, é instigado por una ramera llamada Tais, quemó el palacio de Persépolis, en Hispahan, capital del reino de Persia, aplicando él mismo la mecha. Vuelto en su conocimiento, y como si estuviera avergonzado de tan bárbaro acto, pretendió explicar este hecho como represalias por haber incendiado los persas á Atenas, cuando tuvo lugar la guerra del Peloponeso.

Desde niño se acostumbró Alejandro á dormir muy poco. Para despertarse á una hora determinada, sacaba el brazo fuera del lecho, y cogiendo una bola de plata, la arrojaba sobre una vacía, impidiéndose el sueño con el ruido que producía.

Generoso y desprendido, este valeroso príncipe no amó nunca las riquezas, sino la gloria. Así como Hernán-Cortés quemó las naves al emprender su conquista de Méjico, Alejan-

(1) Este cuerpo se componía de 16.000 hombres, formados de 16 en fondo, guardando un codo de distancia uno de otro, y sobresaliendo las lanzas de la segunda fila sobre la primera, colocadas horizontalmente, tres pies, ó sea una vara, cuyo empuje, como se ve por la disposición de los soldados, no podía resistirse por la gran masa de hombres que la componían. Fue creada para contrarestar las fuerzas de la caballería tesalíense, que estaba al servicio de Persia, y que era tenida por la mejor caballería del mundo.

(1) Susa era la primera ciudad que se encontraba en el límite de Grecia y Persia, y en ella residía uno de los tres vireyes de este gran imperio.

dro tambien, al pasar al Asia para hacer la guerra á los persas, distribuyó entre sus capitanes cuanto tenia, porque *mis tesoros*, dijo, *los tengo entre mis buenos amigos*. Escusándose Perdicas de admitir las mercedes que le hacia, exclamó; *¿Qué dejas para tí si lo das todo?* La esperanza, contestó Alejandro. *Pues bien*, replicó Perdicas, *tambien nosotros tendremos parte en ella, pues peleamos bajo tus banderas*.

Ya veis, mis queridos compañeros, cuántos ejemplos de virtud nos ofrece en su niñez este gran capitán; en otro artículo os referiré los principales rasgos de su carácter.

Á UNA MADRE EN LA MUERTE DE SU HIJA

Comprendo, sí, tu dolor,
al conocer que has perdido
el único sér querido,
fruto del único amor.

Mas ya que tu desconsuelo
demuestras con ese llanto,
mitiga un poco el quebranto,
si sabes que está en el cielo.
¿La perdiste?... Entre las dos
no ha de haber distancia suma,
pues la pena que te abruma
es una súplica á Dios.

El la escucha, no te aflija
la vida, pues sin enojos,
las lágrimas de tus ojos
son pasos hácia tu hija.

Olvida el dolor profundo
que marchita tus colores,
porque no todas las flores
se aclimatan en el mundo.

FRANCISCO ARECHAVALA

Á JESÚS CRUCIFICADO

SONETO

¡Cuán terrible dolor, cuánta amargura
revela vuestro rostro, Dueño mio!
¿Quién es el opresor, quién el impío
que osó llegar á vuestra sangre pura?
¿Quién os causó tamaña desventura?
¿Quién pudo cometer, cobarde y frio,
tan fiera iniquidad, tal desvarío
con la verdad, y el bien y la hermosura?
¿Quién ha de ser! El corazón se espanta
de su maldad. ¿Y ante Jesús inerte
me atrevo á parecer, vil deicida?
Hírame ya vuestra justicia santa.
¡Oh portento de amor! ¡Yo os dí la muerte,
y en cambio, al espirar, me dais la vida!

T. D. P.

MACALUBAS

Uno de los más curiosos fenómenos de la naturaleza, es el que se conoce con el nombre de macaluba, y que se observa en América, en Italia y otras partes.

Las macalubas son volcanes que no tienen nada de terrorífico, porque carecen del movimiento tumultuoso que acompaña á las erupciones volcánicas, y porque no vomitan torrentes de encandecida lava, sino que desprenden, con tranquilidad y de continuo, por el cráter colocado en la no muy elevada cumbre, agua enturbada con arcilla y mezclada con variedad de sales en disolución.

Cuando las erupciones son periódicas y el agua sale

hirviendo, las macalubas se llaman gueiseros, y existen en Islandia, en California, en las islas Azores y en los Estados-Unidos.

Aunque los gueiseros son tambien volcanes de agua, tienen más analogía que las macalubas con los volcanes de fuego, pues de seis en seis horas, por lo comun, se producen roncacos truenos subterráneos, estridentes detonaciones y violentos y prolongados terremotos, en pos de los cuales, y durante algunos minutos, brotan gigantescos y sorprendentes surtidores de agua hirviendo, de más de 5 metros de anchura y 50 de elevación.

Es ciertamente maravilloso un fenómeno en que tan á las claras muestra la naturaleza su poder, que no es poco el que se necesita para hacer resonar tan bruscamente cavernas ignoradas, y hacer temblar la tierra. Las nieblas y las nubes que al punto se forman con los vapores del agua desprendida, flotan, suben, bajan, se arremolinan, marchan en diferentes direcciones, imprimiendo al cuadro fantástico aspecto, y sobre todo al caer el agua y evaporarse nuevamente, y quedar los vegetales de aquellos terrenos cubiertos de bellísimas incrustaciones, formadas por los silicatos que el agua llevaba en disolución, aquellas inmensas soledades, más que lo que son, parecen moradas de hadas de mágico aspecto, cuya caprichosa fantasía ni la más rica imaginación pudo soñar.

M. SANCHEZ BRUIL

¡SIEMPRE LLORANDO!

¡Niña, ayer derramabas, inocente,
Lágrimas que la infancia desprendía,
Y el alma tuya su dolor sentía
Por caprichos pueriles solamente!

¡Hoy, pasiones y tristes desengaños
En el mundo que vives, sólo miras
Y lloras, porque ves que son mentiras
Las ilusiones de tus pocos años!

¡Mañana, ya con sin igual ternura
Vivir para tus hijos es tu suerte,
Pero lloras tambien, pues ves la muerte
Separarte de toda tu ventura!....

¡Humanidad! llorar es tu destino,
Sujetarte á esta ley, ¡oh ley insana!
Ve el lema de tu vida en el camino:
¡Siempre llorando! ¡Ayer, hoy y mañana!....

A. DIAZ DE LA QUINTANA

PENSAMIENTOS

La envidia es la calentura del demonio.

No pretendamos sujetar la inmensidad de Dios á la estrechez de un laboratorio químico.

La libertad cristiana está advertida, pero no cohibida por el deber; razon por la cual ninguno de sus excesos queda sin castigo.

El programa del nihilismo se reduce á bien poca cosa. Si la humanidad nos incomoda, cortémosle la cabeza. Si el sol nos ofende, apaguémosle. Y de esta suerte, bañados en sangre y envueltos en tinieblas, habremos realizado el *non plus ultra* del progreso.

La razon y la fé son alas del alma para elevarnos al cielo de la verdad.

¡María! Lágrima desprendida del cielo para consuela de la tierra.

La fé anima nuestro espíritu, como el ambiente nuestro cuerpo... Sin ella, la tierra sería un desierto y la vida un gemido.

ABDÓN DE PAZ.

ENCICLOPEDIA INFANTIL

EL VIDRIO FOSFORESCENTE.—DESCUBRIMIENTO.—SORTIJA HISTÓRICA.—COLONIA DE NIÑOS ÁRABES.—LAS ESCUELAS EN MARRUECOS.—RARO ACCIDENTE.

El vidrio fosforescente

Está llamando no poco la atención en París un curiosísimo invento, que consiste en hacer «fosforescente» ó luminoso el vidrio en la oscuridad mediante un barniz cuya composición no se ha dado á conocer. En una habitación reducida ó gabinete completamente cerrado, donde hasta las más pequeñas grietas se han tapado, bastan unas cuantas hojas de vidrio así dispuesto para iluminar el recinto, hasta el punto de facilitar la lectura y la percepción clara de todos los detalles.

Realizado tan singular descubrimiento, se trabaja en aplicarle á usos muy curiosos; por ejemplo, la numeración de las casas y la rotulación de las calles, para hacerlas visibles en las horas en que falta el alumbrado. Las linternas compuestas de vidrios fosforescentes no necesitarían foco luminoso: las bolas de los pasamanos podrían ser en tal caso otros tantos puntos ó guías para subir de noche por la escalera sin auxilio de faroles.

Descubrimiento

Se ha descubierto recientemente en las costas de una de las islas de Vanikaro, en el gran Océano equinoccial, nuevos restos de la expedición de Lapeyrouse. Estos son dos cañones que formaban parte del armamento de las fragatas *Bussole* y *Astrolabe*, naufragadas hácia el año 1788 cerca de Vanikare.

Dichos cañones se hallan entre arrecifes de coral.

Sortija histórica

Un paisano de los alrededores de Saint Mesmin ha descubierto hace poco una sortija, cuyo engarce está hecho de una moneda de oro, de Placidia, hermana del emperador Honorio.

Esta moneda es bastante rara: tiene en el reverso la leyenda «Salvs reipublicae», y en el anverso una corona en el centro, en la cual se ve el monograma de Cristo.

Colonia de niños árabes

Proyéctase establecer en una de las cercanías de Roma una colonia agrícola de niños árabes, con lo cual se podrán obtener magníficos resultados; auxiliar á los misioneros que habitan regiones donde es necesario crearlo todo nuevo, salvar á dichos niños del estado de degradación en que se hallan, y convertirlos en honrados y laboriosos obreros, atraer la atención de los católicos sobre las misiones de Africa, y en suma, civilizar á aquellos bárbaros países mandando á ellos los jóvenes educados en Roma.

Las escuelas en Marruecos

Las escuelas son una dependencia de las mezquitas, y solo aprenden los niños la escritura y lectura de los *surat* del Koran, por un método no exento de originalidad.

Sobre tablas escriben con una caña primorosamente labrada y mojada en una tinta compuesta de asta y lana de carnero quemadas, lo que les dicta el maestro, y terminada la lección y después de estudiar de memoria el contenido de las tablas, borran éste con una piedra denominada *sensal*, que las deja limpias y en disposición de servir otra vez.

La última palabra del escrito debe dejarse, no obstante, en la tabla, pues por aquella reanuda al día siguiente el maestro el hilo de sus explicaciones. Cuando ya recitan y escriben de memoria los *surat* del libro de Dios, pueden dar por terminada su educación, ingresando el que quiere dedicarse á las letras en la *Dar-el-Elm* de Fez.

Allí se cursa gramática, retórica y poética, física, nociones de alquimia, é interpretaciones del Koran aplicado á la resolución de problemas en negocios civiles, militares y religiosos. La suficiencia en estos estudios doblemente penosos, porque no usan libros impresos, sino manuscritos, se hace ver recibiendo, según el grado de ciencia que el estudiante posea, los

títulos de *Taleb*, *Féki* y *Ullumad*, que significan *Letrado*, *Doctor* y *Primer Sábio* respectivamente.

Raro accidente

En Brighton acaba de morir un niño, víctima de un raro accidente. Tenía en la boca uno de esos globos de goma que silban al dejar escapar el aire, y sin querer, le tragó; pero en una situación tal, que el tubo por el que se infla el juguete estaba dirigido hacia arriba, de modo que á cada aspiración, el aire entraba en el globo y lo hinchaba más y más, lo cual produjo rápidamente la asfixia. Alerta, pues, con esos juguetes que todos los días vemos en manos de los niños.

TEATROS

No hay astro que no lleve en pos del luminoso camino que recorre, un sinnúmero de satélites, ávidos de percibir hasta el último destello de sus fulgores.

¿Podía la Nilsson aparecer en la escena de la Opera, sin que la acompañase un divino intérprete del arte de Rossini?

No.

Por eso hemos vuelto á oír al eminente Tamberlick.

Con inmenso, con indescriptible entusiasmo ha saludado el público madrileño al sublime artista, que desde hace treinta y cinco años viene formando sus delicias.

Polinotto ha sido un verdadero acontecimiento musical de la quincena última y un nuevo laurel que Tamberlick tiene que añadir á la inmarcesible corona que adorna sus sienes.

~*~

El sábado 17 hallábase reunido en el antiguo Corral de la Pachea lo más selecto que contiene la corte en las letras y en la inteligencia.

El autor de *El nudo gordiano* volvía á aparecer ante el ilustrado auditorio, que esperaba escuchar otra vez los bellísimos versos y elevados pensamientos que tan célebre le han hecho en el mundo literario.

Una idea asaltaba mi mente.

¿Se desarrollará ante mi vista un problema tan complicado como casi todos los que nos presentan nuestros modernos vates?

Así era efectivamente.

Después de visto el drama *El cielo ó el suelo*, no sé en realidad qué decir á mis lectoras.

Yo entiendo poquísimo de nudos dramáticos; menos de dibujo de caracteres; infinitamente menos de ese génio que debe presidir á las grandes inspiraciones; pero tal vez me atrevería á insinuar que nada de lo anterior existe en la última producción de Sellés.

Yo he visto en él una moral hasta cierto punto dudosa.

¿Son corazones de mujer real los de Blanca y Luisa?

Casi creo que aún nuestro laureado vate no nos conoce del todo bien.

Bien es verdad, aunque yo probaría lo contrario, que el corazón de la mujer es un arcano.

La ovación fué completa.

¡Llor á Sellés!

~*~

La activa empresa de Apolo no cesa de hacer todo lo humanamente posible para captarse las simpatías del público.

Los estrenos son en este coliseo muy frecuentes. De todos ellos, merece mis plácemes el juguete *Folítica y diplomacia*, en que la Hija trabajó como ella sola sabe hacerlo, y logró los aplausos á que tan acostumbrada está.

El Sr. Sojo, autor de la obra, fué llamado al palco escénico, donde, en unión de los actores, recibió numerosas pruebas de simpatía.

También merece la mía.

~*~

¡Adios, Madrid!

Este es el nombre del último estreno de la Comedia.

El nombre indica lo que es; un poliorama de escenas alegres, tristes, chuscas, chispeantes, etc., etc., en que tanto abunda esta capital.

Todo esto preparado por Aza y Ramos Carrion, é interpretado por la Valverde, la Colmarino, Romea, Mario, Rossell, etc., hace reír al público en extremo y atrae grandes entradas á la afortunada empresa.

~*~

En Eslava continúan haciendo las delicias del público Zamacois y Riquelme.

Estos dos nombres bastan para que se vea muy concurrido aquel bonito salón.

~*~

Variedades tan afortunado como siempre.

Vallés y Luján siguen trabajando con el talento y distinción de siempre, mereciendo justísimos aplausos.

ADELINA MARCK

~*~

La sociedad *El guante blanco* continúa celebrando sus bailes semanales en los elegantes salones que posee, con el lujo y brillo que desde su fundación la han caracterizado. Cada vez es más distinguido y aristocrático el público que allí acude á pasar un rato de agradable solaz.

Lo consignamos así, porque hemos tenido el honor de asistir, previamente invitados, y hemos salido agradablemente impresionados por el esplendor que hemos observado en dichos salones.

~*~

BIBLIOGRAFÍA

Hemos recibido en nuestra redacción el *Anuario Enciclopédico Español*, núm. 1.º, que empieza á publicar el conocido escritor D. Antonio Redondo Orriols.

Esta publicación, que ha de ver la luz pública una vez al mes, es, como su nombre lo indica, un conjunto de lo más selecto que se escribe en ciencias, artes, literatura, agricultura, mecánica, filosofía, etc. etcétera, como se observa al hojear sus páginas, en donde se ven las firmas de los Sres. Pequeño, Sanson, Clavé, Scheneider, Olave, Letourneau, Pí y Margall, Redondo, Victor Hugo y Ginard.

No dudamos de que, dadas las condiciones que dicho *Anuario* reúne, ha de ser acogido benigneamente por el público, pues es indispensable para todas las clases de la sociedad, tanto para el banquero como para el agricultor.

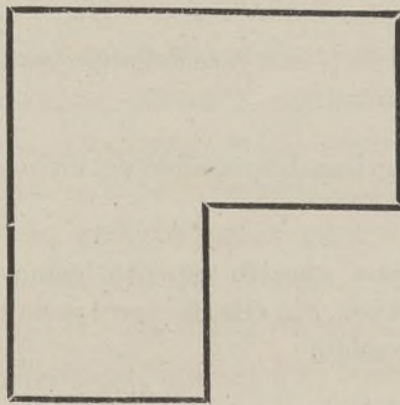
Felicitemos cordialmente al Sr. Orriols por la empresa que ha emprendido, á la que deseamos próspera vida en el estadio de la prensa.

La Cadena rota, drama en tres actos y en verso, original de la señora doña Faustina Saez de Melgar, con una carta de D. José Echegaray y un juicio crítico de D. Leandro Herrero, se halla de venta en las principales librerías de San Martín, Fé y Murillo, al precio de 8 rs. para el público; 4 para los suscritores á la Biblioteca de señoras, Silva 29.

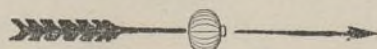
PROBLEMAS

Un litro de agua pura pesa un kilogramo; ¿cuánto pesará el agua de un estanque rectangular de 100 metros de largo y 80 de ancho, lleno hasta metro y medio, suponiendo que es pura?

Dividir esta figura en cuatro partes iguales, que cortadas y sobrepuestas, no se diferencien en nada.



La solución en el próximo número.

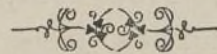


CHARADA

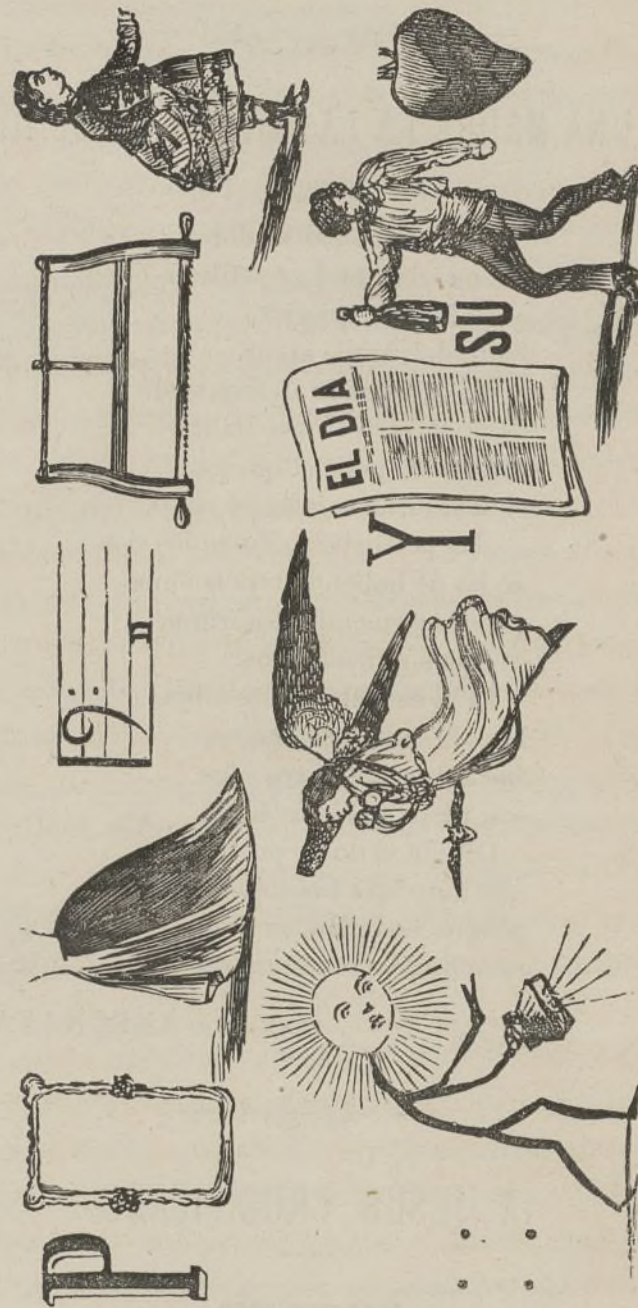
Las una dos, por profunda que sepan la ortografía, escribirán á porfía siempre sin *tercia segunda*.

Esto es antigua verdad, y lo es del mismo modo que les gusta mucho el *todo*, que es tela, fruta y ciudad.

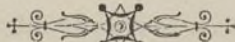
La solución en el número próximo.



JEROGLÍFICO



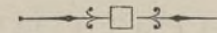
La Solución en el número próximo.



Por la mucha aglomeración de original, no hemos podido publicar en el número anterior las soluciones al jeroglífico, problema y charada del núm. de 1.º de Enero último que nos remitió nuestra inteligente y estudiosa suscritora de Madrid, la niña Pilar Gállego Espinosa, por lo cual insertamos hoy la de la charada, no haciéndolo de las demás, porque son iguales á las que ya han visto nuestros lectores.

Claro está que una *Rada* siempre se halla en la tierra, y *Racha* es el fuerte viento que á pescadores aterra.

Con esto no digo más, pues que no hace falta nada para explicarle cuál es el todo de su *Charada*.



Solución á la charada del número anterior:

A-ya-la

La han descifrado nuestras suscritoras Jesusa y Encarnación de Granda, de Madrid; Luisa Anton, de Burgos y Micaela Alvarez, de Loja (Granada).

Solución al jeroglífico:

Pobre de mí, que me miré en la fuente, y en su pura corriente la muerte vi.

R. Velasco, impresor, Rubio 20, Madrid